

Morueña Estríngana



Renuncio al amor

LOS HEREDEROS RINALDI 3



Moruená Estríngana

Renuncio al amor

Los herederos Rinaldi 3



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngena, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: octubre de 2024

Depósito legal: B. 14.339-2024

ISBN: 978-84-08-28892-3

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

GRACE

Mi amiga Sofí me mira emocionada mientras esperamos las hamburguesas. Es nuestra primera cena oficial en la residencia que será nuestro hogar durante los próximos años de universidad.

Ambas vamos a estudiar Música.

Siempre se nos dio muy bien cantar Y tocar instrumentos. De hecho, nos hicimos amigas por formar parte de la banda de música del instituto.

En clase no coincidíamos, porque había tres aulas por curso y no estábamos en la misma, pero en los recreos y en los ensayos de la banda no parábamos de darle a la sin hueso.

Cuando nos dieron plaza en la misma universidad, lo celebramos por todo lo alto.

Estoy algo nerviosa por ver cómo nos sienta pasar más tiempo juntas. Espero que nos una más.

Y ahora, aquí estamos. Las dos juntas y al fin en la misma clase.

Sofí es rubia, con grandes ojos castaños.

—¡Ha llegado el repartidor! ¡Y es nuestro *quarter-back*! —grita una de nuestras nuevas compañeras.

Noto que los latidos de mi corazón se disparan.

Sabía que las probabilidades de ver a Adriano Rinaldi serían muchas. Cuando me aceptaron en esta universidad era consciente de que esto pasaría, pero no tenía más opciones.

No me han aceptado en otro sitio.

He seguido todo lo que decía la prensa de Adriano porque quería saber qué era de él y, por eso, averigüé que estaba en esta universidad. Cuando supe que vendría a ella, busqué información en Google y descubrí que Adriano Rinaldi era su mariscal de campo.

Me giro para mirarlo. A él, al exnovio de mi medio hermana, al chico de mis fantasías... El que inspiró cientos de canciones de amor cuando no era más que una adolescente que poco sabía de la vida. Por él me acosté suspirando miles de noches.

Adriano nunca vio en mí más que una niña que estaba ahí cuando iba a casa de mi hermana, aunque siempre tenía una palabra amable para mí. Siempre fue tierno conmigo y llegamos a componer uno de mis temas juntos.

Lo hice sonrojada, porque él no sabía que era mi inspiración para crear canciones de amor.

Mi corazón no debía latir así de fuerte por el novio de mi hermana, pero hay sentimientos que, aunque no quieras, son imposibles de controlar.

Los años han pasado. Hace mucho que no nos vemos. Cinco años desde que nos vimos por última vez, ya que los últimos meses con mi hermana dejaron de venir a casa.

Él tenía, por aquel entonces, diecisiete años y yo trece, aunque yo parecía más pequeña, porque no fue hasta los catorce cuando mi cuerpo se desarrolló.

Lo miro sabiendo que con seguridad no me recordará. Para él solo fui la hermana pequeña de su novia a la que amablemente soportaba.

Adriano va vestido con una camiseta blanca ajustada, con el logo de la hamburguesería, que marca su fornido torso y muestra los tatuajes de sus antebrazos. Es mucho más alto de lo que recordaba y sus ojos... ¡Joder! Había olvidado lo increíbles que eran, aunque ya no veo en ellos amabilidad. Algo ha muerto en él en estos años.

La primera vez que lo vi, yo estaba llorando porque no me salía una canción. Se sentó a mi lado y me ayudó mientras mi hermana le decía que me dejara porque se les hacía tarde para la cena.

No se movió.

Se quedó a mi lado y, al acabar, me dijo:

—Es perfecta, peque.

Sí, peque. Adriano me saca cuatro años y para él siempre fui una niña.

—Sin tocar —suelta Adriano borde cuando una trata de tocar su musculoso brazo—. ¿Alguien piensa pagar y dejar de mirarme de una puta vez?

Todas me observan y, mierda, yo tengo el dinero. No me acordaba.

Ando hacia él con pies temblorosos.

Mi hermana lo dejó con él hace años y, la verdad, no sé por qué.

Somos hermanas de la misma madre, pero ella siempre ha sido especial. Siempre ha tenido dos caras y conmigo siempre fue la cruel. La que nadie ve.

Hace años que no la veo, porque se fue a estudiar lejos y nunca tiene tiempo para venir a vernos.

Mi madre siempre iba a visitarla y ahora vive con ella.

Yo no siento ese amor fraternal que debería.

Supe todo lo que pasó con Adriano y cómo ha cambiado su vida desde entonces. Sin querer, siempre he buscado saber algo de él, porque fue mi amor platónico cuando no sabía lo que era el amor y el que inspiró cientos de mis canciones.

—Hola. —Le tiendo el dinero y lo coge para ver si está justo. Pone mala cara cuando ve que no lo está.

Antes no era así. Siempre era amable, dulce y soñador.

Ahora tiene un gesto amargado y sé que no es solo por estar aquí con cuatro chicas que lo devoran con la mirada. Lo he visto en las fotos. Algo cambió después de lo que ocurrió en el yate o tal vez antes, porque yo hacía mucho que no lo veía. Nunca supe por qué mi hermana dejó de golpe de traerlo a casa.

Me devuelve el dinero y nuestras palmas se tocan cuando lo cojo.

Siento una descarga.

Adriano clava sus ojos en mí y por un segundo quiero que me reconozca, pero sé que, si lo hace, tal vez no se alegre de tener delante a la hermana de su exnovia.

—¿No la reconoces? —pregunta mi amiga Sofí, que, por supuesto, sabe todo lo que sentí por Adriano. Ahora mismo odio que haga eso sabiendo que este momento es importante para mí—. Es Grace Henderson.

Adriano reconoce ese nombre y me mira de una forma más intensa. Es como si no se creyera que esté

aquí, que su imagen que tiene de mí sea la misma que ahora se proyecta ante él.

Hace tiempo que dejé de ser esa niña. Mi cuerpo es el de una mujer con curvas que ha dejado atrás la niñez.

—¿Peque? —Que siga llamándome así me gusta, la verdad. Porque, cuando lo dice, siento ese cariño que siempre me tuvo.

—La misma. He cambiado un poco...

—¡Joder! Vaya mierda —escupe sincero y se marcha cabreado.

—No, no se alegra de verte —dice Sofí, como si yo no lo supiera ya.

—Eso parece —corea el resto de las chicas, que, de momento, han encajado mejor con Sofí que conmigo. Espero que eso cambie.

Trato de que nadie note cuánto me ha dolido su rechazo. Para mí siempre tuvo una palabra dulce, amable o cariñosa. Claro que me consideraba una niña y ya no lo soy, pero nunca imaginé nuestro reencuentro así.

Pensé que sería capaz de separar de mí lo que pasó con mi hermana.

Pero no.

Estaba equivocada.

ADRIANO

Recojo el pedido que iba a llevar Claudio y me marchó con la moto de la empresa porque necesito escapar.

Estoy nervioso, ansioso y agobiado.

Dicen que el pasado siempre vuelve... Pues toma. Ha regresado esta vez con la hermana pequeña de Violet.

No la reconocí. Claro que no. Era una cría con gafas de pasta y aparato en los dientes que siempre llevaba coletas con gomas de colores. Siempre fue luz. Esa niña pequeña que la ves y te atrapa.

Desde que la conocí, me enterneció su gran sonrisa y sus preciosos ojos color turquesa.

Y, de pronto, esa niña es ahora una joven adulta con un cuerpo de infarto y una belleza que me ha cogido por sorpresa.

¡Joder! ¡No parece la misma cría! ¿Cómo esperaba que la reconociera?

Y no, no se parece en nada a Violet, pero tiene su sangre. La sangre de la traidora que nos vendió esa noche, porque estoy seguro de que fue ella.

No me hizo falta ser muy listo para deducir que, siendo la única que había huido del yate, fue la culpable de la droga que escondieron allí, y de la que no sabíamos nada. Aunque la llevábamos en la sangre, claro, porque nos la pusieron en las copas.

Por ese entonces, yo sí tomaba, pero Nerón y Claudio hacía tiempo que huían de eso. Solo bebían, pero nada de otras sustancias.

Lo que encontraron no fue una cantidad pequeña y por eso nos cayeron trabajos sociales. Luego pasó todo lo que pasó con nuestros padres, porque les dio mala fama y, claro, sus accionistas se quejaron.

Esa noche la mujer que yo juraba amar me vendió. ¿Por qué? Ni idea.

Y ahora, cuando empiezo a levantar cabeza, aparece Grace.

La vida es una puta mierda.

Capítulo 2

GRACE

Las clases empiezan y Sofí está emocionada.

No he querido hablarle de mi malestar desde que vi a Adriano y me miró como si fuera el mismísimo demonio.

No es la primera vez que las acciones de Violet me afectan.

Mi madre, desde siempre, ha mirado más por ella. Hasta el punto de que, en una discusión, Violet siempre tiene la razón.

Eso hizo que mis padres discutieran mucho, porque mi padre no veía justo que protegiera a Violet por defecto, sin pararse a pensar que tal vez no estaba en lo cierto en todo momento.

Aunque mi padre tiene muchos defectos, trataba de ser justo cuando mi madre, sin motivo, defendía a su hija mayor.

Aun así, mis padres son muy fríos los dos.

Mi padre pasaba mucho tiempo fuera de casa y mi

madre, aunque no trabajaba, solo tenía tiempo para sus amigas y para cuidar a Violet.

A mí me cuidó hasta los doce años la hija de una vecina que de paso me ayudaba con los deberes.

Siempre he sentido que en mi casa tenían todos demasiadas cosas que hacer sin mí, pero al final me acostumbré y hasta lo veo normal.

Lo raro sería que un día me abrazaran con cariño o se desvivieran por mí. Eso sí que me haría pensar que algo no va bien, porque nunca lo han hecho.

Poco después de lo que pasó en el yate, mis padres se separaron tras una bronca gorda y mi padre se quedó con mi custodia. Mi madre vivía cerca de nuestra casa y la veía de vez en cuando, hasta que se ha mudado cerca de Violet.

Mi hermana tiene dos caras y me pregunto si Adriano vio la verdadera alguna vez.

Eran compañeros de clase, porque mi madre quería que mi hermana fuera a un buen colegio e instituto. Era tan bueno que el dinero no les llegaba para llevarme a mí al mismo y me tocó acudir al del barrio.

Ahí ya se veía la separación de clases que teníamos mi hermana y yo.

Adriano y Violet compartían la pasión por la música y formaron un grupo. Mi hermana era la cantante y Adriano tocaba varios instrumentos.

Apenas los vi tocar, porque no me dejaban ir a sus conciertos. A los ensayos sí acudía, pero cuando mi hermana tenía que cuidarme.

Violet siempre me contaba lo maravillosos que eran juntos.

Siempre pensé que lo amaba, pero cuando sacaba a relucir su verdadera cara me preguntaba si en reali-

dad le interesaba tenerlo a su lado porque salir con un joven rico le aportaba valor a ella.

Odio pensar así de mi hermana. Me hace sentir mala persona, pero el problema es que Violet, cuando estamos solas, nunca me ha dado razones para pensar lo contrario.

Entro en clase y Sofí sugiere que nos pongamos al fondo, porque delante se sientan los empollones.

—Yo soy una empollona —le recuerdo— y esto no es el instituto. Yo quiero aprender.

—Vale, hoy atrás y el resto de los días donde tú quieras, ¿vale?

Asiento y vamos hacia el final.

Es la primera clase y ya nos han avisado de que se llenará.

Nos sentamos y Sofí se pone a hablar con unos chicos que tiene delante, ignorando cada cosa que le digo. Decido centrarme en otros asuntos y pensar que todo esto la emociona tanto que es normal que actúe así.

La clase se llena y quedan solo un par de sitios a nuestro lado.

De repente, oigo revuelo mientras busco en mi mochila unos bolígrafos de colores.

Me gusta tomar notas con cientos de colorines. Me ayudan a estudiar.

—¿En serio?

Me giro y veo a Adriano sentarse a mi lado con mala cara.

El corazón se me acelera y no puedo dejar de admirar su belleza. Joder..., de cerca es aún más impresionante. Siempre fue guapo, pero ahora es jodidamente sexi.

—¿Qué haces en una clase de primero? —pregunta Sofí curiosa.

—Por culpa de su hermana —responde borde.

—No sé qué tiene que ver Violet aquí. Rompisteis hace años —le replico.

Sonríe sin emoción.

—Pues si no lo entiendes, es tu problema.

—Antes no eras así de borde —le digo.

—Ya... Antes era idiota y ahora no.

—No, antes eras alguien increíble y ahora eres un idiota. No te equivoques —le rebato y me mira desafiante.

—¿Increíble? Cuidado, peque, que voy a creer que hace años te ponía el novio de tu hermana. —Me sonrojo y sonrío—. ¡Qué tierno! Pues espero que te hayas dado cuenta de que ya no queda nada de él.

—Tranquilo. Antes me follo a un cactus que a ti. —Me mira sorprendido—. Yo también he cambiado. Ya no soy esa niña.

—Así que te va el sado... Interesante. —Me mira de forma intensa—. ¿Te pones tus coletas cuando te azotan?

—¡No te soporto! —le digo y me levanto de la clase para marcharme.

El profesor me mira al salir.

No he recogido ni mis cosas, pero necesito espacio.

Me apoyo en la pared sintiendo cómo todo lo bonito que tenía de Adriano se cae del pedestal donde estaba subido.

Esperaba que hubiera cambiado, pero no que fuera otra persona completamente diferente.

Él nunca me trató así. Siempre fue bueno conmigo y, de golpe, se comporta de forma tan horrible, y duele.

Como no podía ser de otra manera, he abierto la boca y he acabado, como siempre, siendo un capullo. No uno pequeño, sino uno de los gordos.

Tal vez por eso, recojo las cosas de Grace y salgo de la clase.

El profesor me llama, pero lo ignoro. Tengo que asistir a su clase, pero hoy no.

La encuentro apoyada en la pared con los ojos tristes.

Hace tiempo que entristecer a la gente se me da muy bien. Cada vez me parezco más a mi padre. Cuando me miro al espejo me veo como él: un ser frío sin corazón, pero fue lo único que me protegió para poder vivir con el dolor en el pecho. Sin querer, perdí mi corazón por el camino.

—Ten —le digo y le tiendo sus cosas.

Me observa dolida.

Aparto la mirada, porque duele que alguien que te admiró de niña ahora te mire con tanto odio.

—Gracias, pero seguro que Sofí las hubiera cogido por mí. No tenías que molestarte.

—Lo sé, pero te debo una disculpa por idiota.

—Eso sí que no lo esperaba.

—No suelo disculparme a menudo. Por regla general, me importa una mierda que la gente piense que soy un gilipollas.

—¿Y no te importa que yo lo piense? Porque te juro que ahora mismo me pareces un cabrón sin corazón.
—Me mira con sus grandes ojos color turquesa—. No sé qué te hizo mi hermana y puedo entender que para ti tenerme aquí no sea fácil, pero yo no soy ella. No nos

parecemos en nada y no me merezco pagar por lo que te hizo.

No, no se parecen en nada.

Violet es rubia, de grandes ojos castaños. Más alta que Grace y más delgada.

Grace tiene curvas, muy atractivas, la verdad. El pelo es castaño, con algunas mechas más claras, y los grandes ojos, turquesa. Tiene unas preciosas pecas en la nariz y los mofletes.

Siempre fue una niña guapa, pero ahora es sexi a rabiar.

—Digamos que tu hermana fue una cerda conmigo, y verte... pues me ha recordado que por su culpa estoy aquí.

—Ah..., imaginaba que te hizo algo.

—¿Por qué? —le pregunto curioso.

—Porque cuando vino a casa para recoger sus cosas no lloraba y, cuando te rompen el corazón, el dolor sin querer se transforma en lágrimas.

—¿Y no sabes nada de lo que pasó?

—No. Has estado en mi casa. ¿La has visto alguna vez tratarme con cariño? —Lo pienso y niego con la cabeza—. No sé qué te hizo, pero no me culpes por ello a mí.

—No confío en ti.

—Ya, bueno, eso lo entiendo. Tampoco me conoces. —Mira su reloj digital, que cuenta los pasos y es de color rosa—. ¿Me invitas a un café por haberte comportado así? No sé a qué cafetería ir y seguro que sabes cuál pone el mejor café de por aquí. —Dudo—. O me dices dónde es y voy sola. Así me ahorrarías tener que soportar tu charla incesante —me pica.

—Justo enfrente. —Se lo señalo—. No tiene pérdida.

Grace asiente y se marcha tras decirme adiós con la mano.

Sé que es mejor así, porque es verla y no poder olvidar ese pasado en el que era feliz.

Al lado de Grace siempre sentí una paz especial. Me gustaba ayudarla con sus canciones. Tenía mucho talento, más que su hermana, pero nunca se lo dije a Violet, que era la vocalista de nuestro grupo y la chica de la que estaba enamorado.

El último año, antes de romper, fue cuando me descarrié del todo y las drogas dominaban mi vida. Es por eso por lo que me daba vergüenza subir a casa de Violet y la esperaba siempre en el garaje donde ensayábamos.

No sé si porque no quería que me vieran así la dulce Grace o los padres de Violet, pero la idea de estar en esa casa cuando las drogas me habían cambiado tanto no me gustaba.

Veo a un chico acercarse a Grace y decirle algo.

Él le señala la cafetería y van juntos después de presentarse.

Bueno, problemas de adaptarse no va a tener... ¡Como si me importara!

Recuerdo la primera vez que la vi. Me pareció una niña adorable y dulce. Conocía a Violet del colegio, pero nos hicimos más amigos en los últimos años, antes de pasar al instituto, que era en ese mismo centro, pero en otro edificio.

Un día que habíamos quedado para tocar con el grupo estaba molesta porque tenía que cuidar de su hermana.

Le dije que se la llevara al garaje.

Cuando llegaron, Grace entró tímida, hasta que vio la batería y me pidió permiso para tocarla.

Empezó a tocar con una precisión que me dejó asombrado para alguien tan pequeño.

Llevaba dos coletas con tinte rosa y sonreía mientras tocaba. Del bolsillo sacaba dulces.

Pronto supe que eran besitos de color rosa y blanco.

Al acabar, uno de mis compañeros se acercó para abrazarla y ella se echó hacia atrás asqueada.

—A mi hermana no le gusta que la besen ni que la toquen —apuntó Violet, mientras repasaba las canciones—. Grace, es mejor que nos dejes trabajar. Puedes hacer tus deberes ahí.

Grace asintió y pasó por nuestro lado.

—¿Me das uno? —le pregunté señalando su bolsillo—. Prometo que, si lo haces, pronto tendrás más.

Me regaló la sonrisa más preciosa que había visto en mi vida.

Metió la mano en el bolsillo y le tendí la mía.

Dudó, pero luego dejó el dulce, haciendo que nuestras manos se tocaran.

Me lo comí. Era la primera vez que lo probaba, porque mi madre odiaba que comiera chucherías y, cuando crecí, me decanté por otras. Estas eran nuevas para mí.

—Entiendo por qué te gustan tanto.

—Tienes buen gusto, entonces.

Sonrió y se marchó a estudiar.

Lo hizo mientras su hermana trataba de imitar a Grace a la batería, pero no le salió como a ella.

Grace tenía un talento especial, pero conocía lo suficiente a Violet para saber que este apunte no le gustaría.

La siguiente vez que vi a Grace le tendí una bolsa de sus dulces preferidos y nuestras manos se tocaron de nuevo.

Me di cuenta de que conmigo no parecía importarle que invadiera su espacio, pero sí con el resto.

Esa no fue la primera vez que lo hice y ella no recordó que odiaba que la tocaran.

Violet me contó que era porque no soportaba los virus y los gérmenes. Desde niña ha sido un poco hipcondriaca.

Cada uno tenemos nuestras taras y unas se ven más que otras.

Me pregunto si ya ha superado eso.

Algo que me debería dar igual, porque es mejor que me mantenga alejado de Grace.

—¿Qué tal tu primer día? —se interesa Blair, tirándose en mi cama después de la comida.

Blair es la novia de mi hermano y, aunque parezca increíble, también mi amiga.

La quiero mucho. ¿Se lo demuestro? Ni de coña, pero sigue aquí.

Claro que Blair es especial. Por eso me alegro tanto de que Claudio la haya encontrado.

—Bien. He sido un capullo con la hermana de Violet.

—Bueno, pues en tu línea —me dice mi hermano entrando en mi cuarto.

Blair se ríe.

—Sí, todo ha ido como siempre, entonces —afirmo.

Miro la guitarra. Este año tendré que volver a tocar o perderé la beca que me proporciona el fútbol, porque debo aprobar alguna asignatura de primero. He dejado arrastrando las que son de tocar instrumentos o de cantar.

Solo un masoquista elige una carrera que sabe que le va a costar acabar.

La música me recuerda a Violet. A las tardes en que tocábamos juntos. A esos besos en el piano.

Yo siempre la besaba deseando ir más lejos, pero Violet era comedida para el sexo. Costó mucho convencerla para la primera vez, pero estaba tan enamorado que me habría dado igual esperar toda la vida.

Tampoco es que tuviéramos una cama donde poder hacerlo.

Al tener que ocultarme de mi familia y de sus espías, el único lugar que quedaba para los dos era el garaje. Además, Violet odiaba lo de quitarnos la ropa y nuestros encuentros eran siempre rápidos y con cientos de capas de tela que evitaban que nuestras pieles se fundieran.

¿Me gustaba? No, lo odiaba, pero, como un tonto enamorado, me conformaba con tal de que ella fuera feliz.

A su lado solía ser siempre el que aceptaba sus deseos. Tal vez porque ya le había quitado suficiente.

Mi familia no la quería como novia para mí y no podíamos tener citas o hacer cosas normales de novios.

Por amor se hacen muchas cosas y yo antepuse su felicidad y sus deseos a los míos.

—¿Y cuándo tienes que tocar de nuevo? —me pregunta Blair.

—Pronto —respondo.

—Tú puedes con esto —me anima Claudio.

—Por supuesto, puedo con todo. Soy un puto Rinaldi.

—Eres un idiota —dice mi hermano entre risas y me tira un cojín que cojo al vuelo—. De todos modos, tam-

poco te fíes mucho de ella. Por culpa de su hermana estamos aquí.

—Alto ahí —nos dice Blair, mirando a su novio de forma seria—. Todos los que estamos aquí tenemos familiares que más nos habría gustado no conocer en la vida. Así que no. No tienes que culpar a Grace por algo que hizo su hermana, porque cada uno debe cargar con su propia mierda. ¿Entendido? —Me mira desafiante.

La verdad es que con esa mirada está muy graciosa. Asiento, porque tiene razón.

—Más te vale, guapito, porque te vigilaré de cerca —me dice, y luego mi hermano le hace cosquillas.

Caen los dos en la cama entre risas y miradas para relajar la tensión.

Sonrío al verlos, notando un dolor acerado en mi pecho hacerse cada vez más profundo.

Yo tenía eso con Violet. Amistad, risas, charlas hasta que nos daba la madrugada y una historia de amor de las que bien se podrían hacer eternas.

Lo di todo por ella. Me enfrenté a mi familia y lo habría perdido todo para estar a su lado... Nunca entenderé qué pasó para que me traicionara.

Claro que también es cierto que no debería extrañarme tanto, porque, aunque Violet me dio el amor más grande, me incitó a tomar drogas. Decía que, cuando tomaba sustancias ilegales, era mucho más sexi...

¿Cómo puede alguien ver sexi a una persona desfasada por las drogas?

Empezamos a tomar tras una borrachera.

Ella nunca las había probado, pero sentía curiosidad.

Lo hicimos juntos, aunque ella no se picó tanto como yo.

Hasta ese momento yo había evitado caer en esa mierda, pero por ella... Por ella habría ido al fin del mundo.

Aun así, lo que pasó en el yate y por qué ella huyó es un misterio.

Hay tantas cosas que no entiendo de lo que ocurrió... Tantos cabos sueltos que creo que hasta que los cierre todos no podré avanzar.

Tal vez Grace sepa algo que me permita seguir con mi vida.

No puedo descartar saber más de ella. Tal vez en ella esté la clave para poder olvidar el pasado para siempre.

El problema es que no sé si me apetece pasar tiempo con Grace y arriesgarme a sus mentiras.